

Cartaphilus 3 (2008), 205-212
 Revista de Investigación y Crítica Estética. ISSN: 1887-5238

RESEÑA

IDENTIDADES ASESINAS, DE AMIN MAALOUF¹

-Yo sé quién soy -respondió don Quijote-; y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los Doce Pares de Francia, y aun todos los Nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mías.

(Don Quijote, I, 5)

Hace ya diez años que Amin Maalouf publicó su célebre ensayo *Identidades asesinas*. No parece mala idea celebrarlo realizando una breve sinopsis que sirva de recordatorio para los que ya lo leyeron y de invitación para los que todavía no lo han hecho.

1.- Una voz ilustrada

En uno de sus muchos ensayos olvidados, Borges se imagina a Montaigne encerrado en su torre, una noche, releyendo un libro de Plinio. De repente, el futuro autor de los *Ensayos* se pregunta por qué está leyendo ese libro si ya lo ha leído varias veces y, además, no cree en la veracidad de las cosas que cuenta.

Según Borges, la respuesta a la que llega Montaigne es que le gusta releer la *Historia natural* de Plinio, porque tiene una voz que le gusta escuchar con independencia de lo que pueda decir; una voz entrañable, conversadora, amena, variada, tolerante y relativista; una voz que lo libera del ambiente opresivo de rencillas identitarias que asolaba la Francia del siglo XVI.

Es precisamente en ese momento, continúa Borges, cuando se produjo “la primera revolución francesa”, que consistió en el hecho de que Montaigne se decidiese a tratar de obtener en sus *Ensayos* una voz semejante a la de Plinio. Como la otra, esta revolución cambiará para siempre la cultura occidental. De Montaigne nacerán Cervantes y Shakespeare; de Cervantes y Shakespeare, todo lo demás².

También *Identidades asesinas* participa, añadiéndole nuevos tonos e inflexiones, de esta voz que tanto echamos en falta en estos tiempos de desorientación, incoherencia y nostalgias del absoluto.

Los pesimistas dirán que Amin Maalouf es el último ilustrado; los optimistas, que es una de las primeras muestras de una incipiente corriente de ilustración mundial que busca no sólo recuperar los mejores aspectos de su concreción

¹ Amin Maalouf, *Les identités meurtrières*, Grasset, Paris, 1998; *Identidades asesinas*, Alianza Editorial, 1999.

² Ciertamente, a pesar de haberse producido en el ámbito filosófico-literario, el cambio iniciado por Montaigne, acabará teniendo consecuencias políticas tan o más importantes que las que pudo tener la revolución francesa real. Dirá Bertrand Russell al respecto que, en democracia, la voz –relativista, tolerante y dialogante- es más importante que el contenido.

europea, sino también redefinirla para convertirla en un patrimonio universal³.

Algunos dirán que la ilustración no fue más que un caballo de Troya del colonialismo occidental. Sin embargo, si bien es cierto que pudieron utilizarse algunas de sus divisas en propaganda colonizadora, considerar eurocéntrica la afirmación de que dichos valores son universales es, paradójicamente, enormemente eurocéntrico. Ciertamente, no tiene ningún sentido considerar que valores como la libertad, la crítica y el diálogo son exclusivamente occidentales. Como dice Kant en *¿Qué es la ilustración?* en todo momento y lugar hay hombres, siempre pocos, que luchan por su autonomía moral, intelectual y política.

En todo caso, más allá de sus ideas concretas, este libro tiene el mérito de lanzar, en medio del mar de voces posmodernas, líquidas, vacías e inconsistentes, una voz sólida y coherente sin caer, por eso, en las tentaciones del fundamentalismo político, identitario o religioso.

2.- Contra el monismo identitario

Amin Maalouf comienza este libro explicando por qué, a pesar de haber nacido en el Líbano y vivir desde hace más de treinta años en Francia, se niega a decir que es medio libanés y medio francés. Para él, la identidad no puede compartimentarse en mitades o en tercios. Cada persona tiene una única identidad ya que aunque ésta suele estar compuesta por un número indeterminado de pertenencias o ingredientes identitarios⁴, la dosificación y mezcla de los mismos es, en cada caso, única e irrepetible.

Considera el autor que aquellas personas que, tras oír esta explicación, siguen preguntándole “pero en el fondo ¿qué te sientes?” participan de un esencialismo identitario, muy peligroso, que tiende a considerar que hay un fondo

o fundamento de verdad, relacionado con las circunstancias del nacimiento, que es más importante ontológica y éticamente que todo aquello que pueda haberse añadido después, sean azares, preferencias u obras.

No se trata, pues, de descubrir qué es lo que somos o son los demás, como si las identidades preexistiesen en un cielo platónico, sino de construirnos “como queremos ser”, individual y colectivamente. En efecto, Maalouf piensa, como Cervantes, que somos hijos de nuestras propias obras y que, aunque exista toda una serie de condicionamientos biológicos y culturales, los hombres tenemos un enorme margen de libertad para construirnos a nosotros mismos.

Cabe añadir que dicho esencialismo identitario es también un monismo identitario ya que no sólo supone que existe una esencia identitaria preexistente a los avatares de la existencia, sino que, además, lo supone único.

Resulta, pues, que a pesar de tantos esfuerzos secularizadores, el ámbito de la identidad sigue conservando un modelo de pensamiento esencialista, totalmente incompatible con los presupuestos seculares de la democracia. Esto es así, en parte, porque el nacionalismo fue un fundamento ideológico esencial para las primeras democracias liberales⁵, hecho que lo salvó de ser visto como objeto de secularización.

En todo caso, en nuestros días, dicho esencialismo identitario sigue dominando el panorama cultural, social y político en la gran mayoría de las sociedades. A consecuencia de ello, dice Maalouf, todo aquel que se atreve a reivindicar una identidad más compleja se ve, automáticamente, marginado ya que no hay nada ni en las leyes ni en las mentalidades que nos permita asumir armoniosamente nuestras identidades compuestas.

Muchos pensarán es algo excepcional el hecho de tener una identidad compuesta, pero

³ Cf. Amartya Sen, *Les racines globales de la démocratie. Pourquoi la liberté n'est pas une invention de l'Occident*, Payot & Rivages, Paris, 2005

⁴ En mi libro *Literatura posnacional* propongo el término “identimema” por analogía con palabras como “semema” o “morfema”.

⁵ Recordemos cómo en las primeras constituciones liberales se cambió la expresión “voluntad del pueblo” por “voluntad de la nación”. En esa misma época también los Derechos Universales del Hombre pasaron a convertirse en Derechos del Ciudadano.

se equivocan por dos razones al menos. Por un lado, los movimientos migratorios y los intercambios culturales, siempre existentes si bien hoy intensificados, han hecho que la población mundial con una identidad compleja haya aumentado enormemente; por el otro, basta prestar un poco de atención para ver que el más puro de los hombres, por el mero hecho de envejecer, acabará sintiéndose entre las dos aguas del mundo que conoció, al que se siente pertenecer, y del mundo moderno, del que se siente exiliado.

Parece lógico que una misma miga de pastel no pueda estar en dos trozos diferentes. Sin embargo, en numerosas ocasiones, la realidad es mucho más compleja que la lógica. Debemos luchar, pues, contra unos hábitos de pensamiento y expresión automatizados que llevan a los hombres a imponerse los unos a los otros una concepción demasiado simplista de la identidad. Cabe añadir que dicho esencialismo-monismo identitario es una ficción cultural que no sólo nos lleva a angustiar a los demás, sino también a nosotros mismos, ya que nos impele a aclarar nuestra propia identidad, que es, como diría Keats, algo así como tratar de destejer el arco-iris.

Dice Montaigne al respecto: "Lamentable es que así nos engañemos a nosotros mismos con nuestras propias invenciones y niñerías. "Temen lo que ellos mismo inventaron". De parecido modo los niños se amedrentan del compañero a quien ellos mismos han tiznado el rostro: Nadie tan desgraciado como el hombre, dominado por sus ficciones propias."

Para Maalouf, el término "identidad" es un "faux ami", esto es, una palabra cuyo significado creemos, equivocadamente, conocer. ¿Cómo íbamos a saber qué quiere decir este término si participa directamente de los principales misterios de la filosofía: cambio vs. permanencia, esencia vs. existencia, autoconocimiento...? Y aun así lo utilizamos diariamente para fundamentar nuestras opiniones y creencias personales, culturales y políticas.

Sin pretender resolver el misterio, Amin Maalouf afirma que la identidad es lo que hace que

uno no sea idéntico a nadie. Ser francés, por ejemplo, puede hacerme "idéntico" a unos cincuenta millones de personas. Si a ello le añado, por ejemplo, que soy mujer, seré "idéntica" a unos veinticinco millones de mujeres francesas. De este modo, cada nuevo ingrediente identitario me hace ser "idéntico" a menos personas, hasta que llegue un momento en que no sea "idéntico" a nadie más en el mundo.

Cabe añadir que cada persona no sólo presenta una lista diferente de ingredientes identitarios o identimemas, sino que, además, éstos nunca se encuentran en la misma cantidad o intensidad, ya sea por cuestiones biográficas (un serbio casado con una bosnia, por ejemplo, tratará de darle menos importancia a su identimema nacional que un serbio casado con una serbia) o sociales (en una sociedad racista, por ejemplo, el identimema "negro" será mucho más importante que en una sociedad igualitaria).

Como era de esperar, Maalouf se niega a elegir una sola de esas pertenencias como esencial. Por esta razón propone realizar un "examen de identidad" que no consiste en buscar esa pertenencia esencial sino, al contrario, en hallar el mayor número de pertenencias posibles. Al realizarlo sentimos que, de un modo paradójico, a medida que vamos sumando pertenencias, se va poniendo de manifiesto una progresiva unicidad identitaria. Ciertamente, cada una de mis pertenencias me liga a un gran número de personas, pero cuantas más pertenencias sumo, más específica se me aparece mi identidad.

No se trata, claro está, de disolver la identidad en una sopa informe e incolora sino, más bien, al contrario, asumir nuestra propias complejidades sin sentir una presión externa por "definirnos". Y cuando decimos "externa" decimos ajena al propio individuo, ya que al individuo no sólo lo persiguen "los otros", que quieren excluirlo, sino también los suyos, que quieren apropiárselo. Por esta razón, es tan importante hallar un número de identimemas suficiente para sentirse diferente no sólo de los grupos a

los que no se pertenece, sino también de aquellos a los que sí se pertenece⁶.

Cabe recordar, sin embargo, que dicha presión no es sólo externa, sino también interna, ya que, al haber sido educados en el monismo identitario, todos presentamos una cierta tendencia a definir nuestra identidad en función de unas pocas pertenencias, cuando no en función de una sola. En este sentido, es realmente importante asimilar lo que Keats, al hablar de Shakespeare, llamó *negative capability*, esto es, la capacidad para ver y enunciar los misterios y ambigüedades de la existencia sin sentir la imperiosa necesidad de resolverlos.

Ahora bien, una vez hemos aceptado que la identidad está formada por muchas pertenencias o identimemas, debemos tener en cuenta que ésta es una sola cosa y que, como la piel de un tambor, cuando se golpea uno de sus identimemas, todos los demás vibran a su alrededor. Ciertamente, dice Maalouf, tendemos a reconocernos en el identimema más atacado.

Este proceso de simplificación identitaria, que en mi libro *Literatura posnacional* llamé "eclipse identitario", nos lleva a convertirnos, precisamente, en esa misma caricatura con la que aquellos que nos marginan tratan de asociarnos o a la que los traficantes de identidades tratan de reducirnos. Así, una persona compleja y única, por el mero hecho de ser atacado en función de su raza, religión, lengua o tendencia sexual, presenta la tendencia de sentirse, de forma exclusiva, una de las muchas cosas que es. Según Maalouf, este tipo de repliegue identitario puede llegar a ser más pernicioso para la víctima que la agresión o marginación misma.

⁶ Deberíamos quizás empezar a hablar de "derecho de autoindeterminación", esto es, del derecho a no definirnos identitariamente. Éste se fundamentaría en el hecho de que las etiquetas identitarias se han utilizado a lo largo de toda la historia para marginar y someter. Ciertamente, algún día debería ser tan indiscreto preguntarle a una persona por su "origen" o "sentimiento nacional" como lo es hoy preguntarle por sus creencias religiosas. Por otra parte, no sólo tenemos derecho a ser diferentes de los demás sino también de los propios: un francés podrá ser diferente de un italiano, pero también lo será de todo francés.

3.- Identidades asesinas

Para Maalouf las "identidades asesinas" que dan título a su libro son aquéllas que se han visto impelidas a simplificarse en torno a un solo identimema. El autor las llama de esta manera porque considera que este tipo de eclipse identitario está en la base de casi todas las masacres de las últimas décadas.

Los eclipses identitarios que suelen producirse en los individuos y comunidades se deben tanto a razones estructurales como a razones coyunturales. En lo que respecta a las primeras, cabe recordar cómo el carácter sistemático, analítico y esencialista de la mentalidad moderna, erigida por el colonialismo en paradigma hegemónico, nos lleva a tener una concepción clara y evidente de la identidad⁷.

El autor disiente de aquellos que piensan que dicha concepción de la identidad es natural e inevitable. Concede que hoy en día este tipo de concepción "tribal" de la identidad sea hegemónica, pero también considera que puede desaparecer, como también lo hicieron otras ideologías que en el pasado se reclamaban "naturales". Por ello, continúa Maalouf, debemos tratar de construir una nueva concepción de la identidad que nos permita asumir armoniosamente nuestras identidades compuestas.

En lo que respecta a las razones coyunturales, el autor afirma que existen momentos históricos en los cuales se produce un aumento de los "eclipses identitarios". Tal sería el caso del mundo durante las últimas décadas. Ciertamente, así como durante los años 50 a 70 el tablero de juego era principalmente ideológico⁸, hoy en día parece ser identitario, especialmente, religioso y nacionalista.

⁷ Análisis la concepción cartesiana de la identidad en el artículo "Una estilística de las banderas", publicado en Tonos digital: Revista electrónica de estudios filológicos, ISSN 1577-6921, Nº. 12, 2006

⁸ Debería estudiarse, a su vez, de qué manera las ideologías participan en la formación de la identidad de las personas.

Para Maalouf son cuatro las causas básicas de ese “aire del tiempo”: el colapso del bloque comunista⁹, la postración del tercer mundo, la crisis del modelo socio-económico occidental¹⁰ y la globalización¹¹.

En este panorama abundan lo que el autor llama “comunidades heridas”, esto es, comunidades que se sienten amenazadas real o ficticiamente (normalmente real y ficticiamente), y están dispuestas a matar en legítima defensa. Cabe señalar que hoy en día apenas quedan comunidades que se sientan intactas ya que

⁹ Maalouf no se refiere tanto a la teoría del deshielo de Baudrillard como a la idea de que una vez desapareció el comunismo como proyecto identitario internacional y como herramienta de cambio social, los jóvenes de muchos países árabes se han visto obligados a refugiarse bien en el nacionalismo bien en una concepción reaccionaria de la religión. Dice el autor que al joven universitario árabe que vio cómo desaparecía el comunismo y cómo el nacionalismo árabe era secuestrado por regímenes autoritarios, sólo le queda el islamismo, que se dibuja, para él, como la única opción ideológico-identitaria que satisface sus necesidades actuales.

¹⁰ Según el autor, el “modelo occidental” también está en crisis ya que a pesar de su triunfo fáctico (cf. Fukuyama) se lo ve como un modelo injusto a nivel mundial e insostenible en el plano ecológico.

¹¹ Para Maalouf, es propio de nuestra época haber hecho de todos nosotros migrantes o minoritarios. En el capítulo que le dedica al tema de la migración, se estudia la complejidad de los sentimientos que el migrante presenta tanto en relación con el país que deja como en relación con el país al que llega. En lo que respecta a la relación que el migrante mantiene con el país al que llega, dice Maalouf, su “tentación original” o primera es la de confundirse (“to pass”); sin embargo, al ver que dicha mimetización es imposible, cae en el otro extremo: tratar de diferenciarse lo máximo posible. En lo que respecta a la relación que el país receptor establece con el migrante, caben las siguientes opciones: verlo como una página en blanco o verlo como una página ya escrita. Ambas son igualmente equivocadas ya que el migrante no es ni una cosa ni la otra, sino una mezcla de ambas. Para Maalouf el entendimiento sólo es posible si se establece una cierta reciprocidad entre las partes: cuanto más se impregne el migrante de la cultura del país receptor, más podrá impregnarlo con su propia cultura; cuanto más sienta el migrante su cultura respetada por el país receptor, más se abrirá a la cultura del país que lo acoge. Por otra parte, concluye el autor, el derecho a criticar debe ganárselo uno: si se muestra interés y simpatía, es mucho más probable que nuestras críticas sean escuchadas.

como dice Maalouf, la globalización ha hecho que todas las comunidades y culturas se sientan amenazadas.

Visto desde el Sur y el Este, es Occidente quien domina; visto desde París es América quien domina; pero, una vez en Estados Unidos, vemos que existen una infinidad de minorías atemorizadas e, incluso, cuando nos desplazamos a la comunidad hegemónica de hombres blancos y protestantes, nos encontramos con hechos como la explosión de Oklahoma City, cuyos autores, McVeigh y su grupo, no piensan que su cultura esté dominando el planeta sino que es una especie en vías de extinción.

Podríamos preguntarnos en cada uno de estos casos hasta qué punto los sentimientos de amenaza son ficticios o verdaderos. Sin embargo, a partir del momento en que una población se siente amenazada, es la realidad de su miedo la que debe ser tomada en consideración y no la de la amenaza¹².

Compara Maalouf estas identidades asesinas con una pantera porque matan si las persiguen; matan si, una vez heridas, las dejan libres; pero también pueden ser domesticadas. Así, pues, la identidad no debe ser ni persecución ni complacencia, sino domesticación mediante una reflexión serena.

Ahora bien, ¿cómo evitar que se den las condiciones de emergencia de una bestia que todos los individuos y todas las comunidades llevan dentro? Según Maalouf, además de luchar por una justicia social mundial que permita sanar las heridas de las comunidades que se han refugiado en la identidad como mecanismo de defensa¹³, debemos tratar de producir una concepción diferente –no esencialista, no monista, no tribal- de la identidad.

¹² Según el teorema de Thomas, manejado por la Sociología del Conocimiento, “si los individuos definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias.” Ahora bien, aunque en el plano de los hechos sea indiferente si la amenaza cultural e identitaria es cierta o no, en el plano de los remedios no lo es.

¹³ Cf. Karl Polanyi, *La gran transformación*, Jürgen Habermas, *Constelación posnacional* y Bernat Castany, *Literatura posnacional*.

Otra manera de luchar contra este tipo de repliegues identitarios es contribuir a que el proceso de formación de una cultura global sea más justo y equilibrado para que, a la larga, todos puedan sentirse identificados con ella. En este aspecto, dice Maalouf, la reciprocidad es un valor fundamental. Ciertamente, siempre le será más fácil a una cultura cualquiera adoptar elementos de otras culturas si ve que, a su vez, las demás culturas adoptan elementos de la suya.

Por esta razón, prosigue, “occidente” debe luchar contra “la tentación hegemónica”¹⁴ y los demás países deben luchar contra “la tentación del despecho”, esto es, contra enrocarse en su rol de víctimas renunciando a participar en la construcción de la nueva cultura común.

Éste sería el caso, según el autor, de la mayoría de países no occidentales por la sencilla razón de que en esos lugares todo proceso de modernización es vivido como un proceso de occidentalización. Este hecho, ciertamente, no lo pueden vivir de la misma manera aquellos que nacieron en el seno de la civilización dominante, que sienten que pueden “modernizarse” sin dejar de ser ellos mismos, y aquellos que pertenecen a culturas no dominantes, que pueden llegar a vivir dicho proceso como una negación de sí mismos.

Parece, en efecto, normal que cuando la modernidad lleva la marca del “otro”, se dé una tendencia arcaizante con el objetivo de afirmar la propia diferencia. Resulta, pues, necesario que, en dichos países, las propuestas de verdadera modernización no sean vistas como procesos de “occidentalización”, no hieran simbólicamente a las culturas, no sean vista como capitulaciones... La pregunta esencial para los países no occidentales, dice Maalouf, es “¿cómo modernizarnos sin sentir que perdemos nuestra identidad?”

¹⁴ Dice Maalouf que debemos aprender a distinguir entre la lucha por la universalización de valores universales como los derechos humanos, aceptados por la gran mayoría de países del mundo, y las operaciones de imposición de la hegemonía ideológica, económica, mediática o cultural de “occidente”. Debemos evitar caer en el error de inhibirnos de la primera lucha por miedo a caer en la segunda.

En lo que respecta al mundo árabe, para el autor, éste tomó conciencia de la “superioridad” de “occidente” a finales del siglo XVIII, con la campaña de Egipto de Napoleón, iniciada en 1799. Desde ese momento, el mundo árabe sintió la necesidad de modernizarse, si bien se encontró con dos problemas. El primero, la necesidad de quemar etapas demasiado rápidamente; el segundo, la necesidad de pasar por un proceso que era vivido como occidentalización a la vez que sufrían la opresión o amenaza de un occidente colonialista y despreciativo.

A estos problemas cabe añadir un tercero, más peligroso todavía, esto es, las injerencias del mismo occidente para evitar en los países no occidentales la modernización que éstos deseaban. Una de estas ocasiones perdidas, o arrebatadas, fue la de Muhammad Alí, virrey de Egipto, cuyas reformas los europeos temieron que pusieran en peligro sus intereses en la zona. El resultado fue el ataque por parte de una coalición de países europeos con la intención de impedir lo que hoy en día le reprochan que no hayan tenido: un proceso modernizador. La conclusión en el mundo árabe fue, dice Maalouf, que “occidente” no quiere que el resto del mundo se les parezca sino, solamente, dominarlo.

Continúa Maalouf señalando que si bien hoy en día asociamos al mundo árabe con la religión, su primera respuesta espontánea ante el dilema identidad vs. modernidad no fue la religión, sino el nacionalismo. Ciertamente, el nacionalismo árabe de Násser y el nacionalismo turco de Atatürk no eran sólo laicos sino fervientemente antiislámicos.

Parece, pues, que a diferencia de lo que dicen muchos “expertos”, el islamismo no es, ni mucho menos, la respuesta espontánea y necesaria de dichas culturas. Antes de verse tentados por la vía de la religión, tuvieron que fallar todas las demás vías. Primero la vía del nacionalismo antiimperialista, durante la década de los 70, y luego la del comunismo, tras el colapso del bloque soviético.

Prueba de ello, dice Maalouf, es que en treinta páginas que hablen sobre la colonización hallaremos más claves sobre lo que pasa en Ar-

gelia que en 10 volúmenes de historia del Islam. En efecto, los movimientos islamistas militantes actuales están fuertemente influidos, en el discurso y en los métodos, por el "tercermundismo" de los años 60. Más aún, prosigue el autor, basta fijarse un poco para ver que la revolución islámica de Khomeiny imitó en muchos aspectos el maoísmo.

Lo cierto es que todo sistema de creencias, toda cultura, en definitiva, contiene en potencia cualquier desarrollo posible: civilizado o bárbaro, dictatorial o democrático, progresista o reaccionario... Llegado el momento, siempre se hallarán las citas religiosas o ideológicas necesarias para justificar unas u otras prácticas. Ninguna doctrina tiene el monopolio del fanatismo o el humanismo. Toda actualización es posible en toda civilización y son el contexto histórico y la libertad de las personas los que actualizan una u otra. Por esta razón no debemos hablar del verdadero espíritu de una civilización o religión. No debemos preguntarnos, por ejemplo, si el cristianismo o el islamismo son tolerantes.

Exageramos la influencia de las religiones sobre las sociedades al mismo tiempo que subestimamos la influencia de éstas sobre aquéllas. Quizás en vez de decir que el cristianismo ha formado Europa, debemos decir que es la Europa del humanismo y de la Ilustración la que ha formado un cristianismo racionalizado, más fácilmente encuadrable en un contexto secularizado, que no deja de ser, al fin y al cabo, condición de posibilidad de toda democracia.

Por otra parte, dice Maalouf, las sociedades poderosas y seguras de sí mismas se proyectan en religiones confiadas, serenas y abiertas, mientras que las débiles y explotadas se proyectan en religiones desconfiadas y fanáticas. Es normal, pues, que buena parte del mundo no occidental se haya refugiado en una versión cerrada y fanática de las muchas que sus religiones y culturas poseían en potencia.

Por otra parte, es necesario diferenciar la necesidad de espiritualidad que todo hombre siente, sea creyente o no, de la igualmente universal necesidad de pertenencia a una determinada comunidad. Parece, pues, que no basta separar

iglesia y estado sino que, para consumir la secularización, también debemos disociar religión de identidad. Debemos hallar una manera de satisfacer la necesidad de identidad o pertenencia que no pase por la comunidad religiosa.

Quizás estas pertenencias religiosas, dice Maalouf, que son ya internacionales (cristianismo, islamismo, nacionalismo...), sólo podrán ser superadas hacia una pertenencia más amplia que podríamos tildar de humanista, ilustrada o librepensadora. Sin embargo, en nuestra época, se ha generalizado un cierto rechazo de las visiones globales, que suelen ser tildadas de ingenuas, colonialistas o peligrosas para "la propia identidad".

Por el momento, lo que propone Maalouf con este libro, y no es poco, es un cambio en la concepción de la identidad para que ésta deje de ser entendida en términos unidimensionales. Un cambio que nos ayude a asumir nuestra compleja identidad sin sentir la necesidad de simplificarla, subordinando todas las pertenencias que la componen en torno a una sola de ellas.

BIBLIOGRAFÍA

- Beck, Ulrich, *La mirada cosmopolita*, Barcelona: Paidós, 2005.
- Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona: Editorial Crítica, 1991.
- , "La fabricación en serie de tradiciones: Europa, 1870-1914", en *La invención de la tradición*, Barcelona: Crítica, 2002, 273-318.
- Kant, Immanuel, *Vers la paix perpétuelle*, Paris: Hatier, 2001.
- Küng, Hans, *Proyecto de una ética mundial*, Madrid: Trotta, 2003.
- Kymlicka, Will, *Fronteras territoriales*, Madrid: Trotta, 2006.
- Lévy, Bernard-Henry, *La pureté dangereuse*, Paris: Grasset, 1994.

Maalouf, Amin, *Las cruzadas vistas por los árabes*, Madrid: Alianza, 2000.

-----, "La construcción de las identidades", en *Los retos de la interculturalidad en el Mediterráneo*, Barcelona: Cuadernos del Mediterráneo, Número 1, 2000, 34-41.

-----, *Les identités meurtrières*, Barcelona: Grasset et Fasquelle, 1998.

-----, *Orígenes*, Madrid: Alianza, 2004.

Oz, Amos, *Contra el fanatismo*, Barcelona: Siruela, 2005a.

Polany, Karl, *The great transformation*, Beacon Press, 1944.

Roger, Antoine, *Les grandes théories du nationalisme*, Paris: Armand Colin, 2001.

Said, Edward W, *Fuera de lugar*, Barcelona: Siruela, 2002.

-----, *Cultura e imperialismo*, Barcelona: Anagrama, 1996.

Savinio, Alberto, *El destino de Europa*, Barcelona: Bruguera, 1984.

Sen, Amartya, *Les racines globales de la démocratie*, Paris: Éditions Payot & Rivages, 2005.

Singer, Peter, *Un solo mundo*, Barcelona: Paidós, 2003.

Smith, Anthony, *Las teorías del nacionalismo*, Barcelona: Península, 1976.

Toulmin, Stephen, *Cosmópolis*, Barcelona: Península, 2001.

BERNAT CASTANY PRADO
Universidad de Barcelona